Desde aquel día, Caperucita siguió visitando a la abuela, observando cada pájaro y cada flor, y usando su brillante capucha roja. Su curiosidad hacía que el bosque fuera maravilloso, y sus buenas decisiones la ayudaban a disfrutarlo con seguridad.

Y cada vez que la abuela escuchaba *toc-toc... toc*, sonreía, porque sabía exactamente quién había llegado para compartir panecillos tibios y una buena historia.



Caperucita Roja

Colorea tu cuento



Este libro es de:

Escucha el cuento

y sigue la historia.

En la orilla de un bosque verde vivía una niña alegre a quien todos llamaban Caperucita Roja, porque siempre llevaba una capa con una brillante capucha roja. Una mañana, Mamá preparó una canasta con panecillos tibios, mermelada de frutos rojos y un pequeño frasco de miel. "La abuela está resfriada", dijo. "¿Puedes llevarle esta canasta?" "Claro que sí", respondió Caperucita.

Mamá amarró la canasta con una cinta azul. "No te apartes del camino, no sigas a desconocidos y, si algo te preocupa, detente y pide ayuda."

Almorzaron juntas en el corredor. Caperucita les contó sobre las flores, la rama caída y el desconocido que había hecho demasiadas preguntas. La abuela le enseñó otra regla: "Un gorro conocido no convierte a alguien en una persona conocida. Mira, escucha y confía en esa sensación que te dice que debes detenerte."

De regreso a casa, la guardabosques acompañó a Caperucita hasta el puente del pueblo. En cada curva, ella repetía: "Camino a mis pies, sol sobre mí, pasos con cuidado y gente que me quiere."

Rodó hasta un montón de helechos suaves, se levantó de un salto y corrió hasta el otro lado del bosque. La guardabosques arregló el seguro del portón. La abuela abrazó a Caperucita. "Notaste que algo no estaba bien, te quedaste detrás del portón y pediste ayuda", dijo. "Fuiste valiente y cuidadosa."

Caperucita abrió la canasta. Los panecillos todavía estaban tibios, la mermelada estaba intacta y solo un poquito de miel se había pegado a la cinta azul.

Caperucita repitió la regla del bosque: "Camino a mis pies, sol sobre mí, pasos con cuidado y gente que me quiere." ¿La decimos con ella? Camino a mis pies, sol sobre mí, pasos con cuidado y gente que me quiere.

Y así comenzó su paseo bajo los árboles que susurraban. El bosque estaba lleno de sonidos. Los pájaros cantaban. Las hojas se movían suavemente. Un pájaro carpintero picoteaba: *toc, toc, toc.* En la primera curva, Caperucita encontró a un lobo gris. Él hizo una reverencia muy cortés, pero su sonrisa era demasiado grande.

"Buenos días", dijo el lobo. "¿A dónde vas con esa hermosa canasta?" Caperucita recordó que no debía decirles a los desconocidos dónde vivía su familia. "Voy a visitar a alguien que quiero", contestó, y siguió caminando.

El lobo avanzó entre los arbustos. "El camino es muy aburrido. ¿Por qué no recoges flores en el prado?" Caperucita miró las flores amarillas que brillaban más allá de los árboles. Por un momento, quiso acercarse. Entonces tocó la cinta de su canasta.

El lobo sonrió. "Son para..." Caperucita gritó con todas sus fuerzas: "¡Ayuda! ¡Esta no es mi abuela!" El lobo saltó de la silla, pero el portón cerrado estaba entre los dos.

Por el camino aparecieron la abuela y la guardabosques. Llevaban una campana y una gran olla de metal. *¡Clan, clan! ¡Din, don! ¡Clan, clan!* Ayudémoslas a hacer un ruido enorme. *¡Clan, clan! ¡Din, don!* El lobo se asustó y cayó dentro de la canasta de ropa. La canasta se volcó y el gorro le tapó los ojos.

Miró por el portón. Alguien con el gorro de la abuela estaba sentado con una manta hasta la nariz. "¿Abuela?", llamó Caperucita desde afuera. "Acércate", contestó el lobo con voz ronca. Caperucita no abrió el portón. Algo no estaba bien.

"Abuela, ¡qué orejas tan grandes tienes!" "Son para escucharte mejor." "Y ¡qué ojos tan grandes tienes!" "Son para verte mejor." Caperucita dio un paso lento hacia atrás. "Y ¡qué dientes tan grandes tienes!"

"Camino a mis pies, sol sobre mí, pasos con cuidado y gente que me quiere." "Las flores pueden esperar", dijo. El lobo se alejó corriendo por un atajo que conocía.

Caperucita continuó por el camino. Pronto encontró una rama caída. No podía pasar por encima sin soltar la canasta. "¿Qué puedo hacer?", se preguntó. Más adelante se escuchaba el *chac, chac* de una guardabosques que cortaba leña. Caperucita llamó: "¡Hola! Necesito ayuda, por favor." La guardabosques se acercó, movió la rama y señaló el sendero que llevaba a la casa de la abuela.

"Pedir ayuda fue una buena decisión", dijo. "Gracias", respondió Caperucita. "Camino a mis pies, sol sobre mí, pasos con cuidado y gente que me quiere."

Mientras tanto, el lobo llegó a la casa de la abuela y golpeó suavemente. *Toc, toc, toc.* "¿Quién es?", preguntó la abuela. El lobo intentó hablar con una voz pequeña. "Soy Caperucita y traigo panecillos tibios." Pero la abuela conocía la señal de Caperucita: dos golpes rápidos y uno lento. *Toc-toc... toc.* "Esa no es nuestra señal", pensó la abuela.

Cerró bien la puerta, salió por el portón del jardín y fue a buscar a la guardabosques. El lobo encontró la puerta principal cerrada. Probó la ventana. Cerrada. Probó el portón. También cerrado. Entonces vio una canasta de ropa limpia en el corredor. Adentro estaba el gran gorro de dormir de la abuela. "¡Ajá!", dijo el lobo. Se puso el gorro sobre las orejas, se envolvió en una manta y se acomodó en una silla del corredor.

Caperucita llegó poco después e hizo la señal familiar. *Toc-toc... toc.* Nadie respondió.